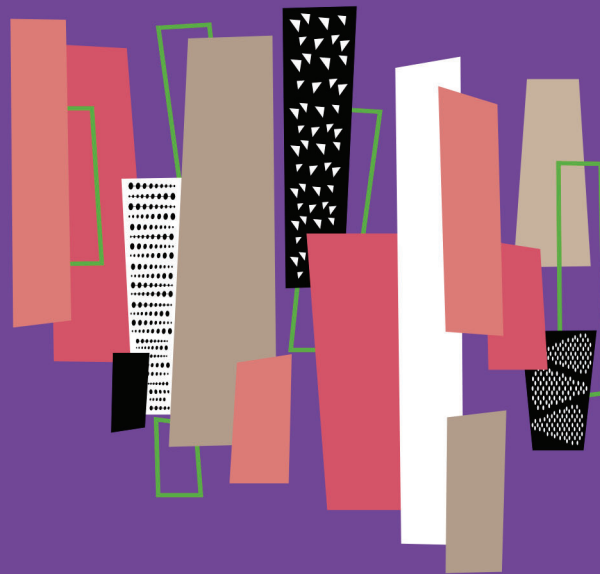


Margarita Camarena Luhrs
Vicente Moctezuma Mendoza
Compiladores

Ciudad de México

miradas, experiencias y posibilidades



UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO
Instituto de Investigaciones Sociales

Ciudad de México
miradas, experiencias y posibilidades

Comité Editorial de Libros
Instituto de Investigaciones Sociales
Universidad Nacional Autónoma de México

Presidente

Miguel Armando López Leyva • IISUNAM

Secretario

Hubert C. de Grammont • IISUNAM

Miembros

María Alejandra Armesto • FLACSO

Margarita Camarena Luhrs • IISUNAM

Virginia Careaga Covarrubias • IISUNAM

José Gandarilla Salgado • CEIICH

Fernando M. González • IISUNAM

Fiorella Mancini • IISUNAM

Adriana Olvera Hernández • IISUNAM

Catherine Vézina • CIDE

Ciudad de México
miradas, experiencias y posibilidades

Margarita Camarena Luhrs
Vicente Moctezuma Mendoza
Compiladores



UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO
Instituto de Investigaciones Sociales
Ciudad de México, 2022

Catalogación en la publicación UNAM. Dirección General de Bibliotecas y Sistemas Digitales de Información

Nombres: Camarena Luhrs, Margarita, editor. | Moctezuma Mendoza, Vicente, editor.

Título: Ciudad de México : miradas, experiencias y posibilidades / Margarita Camarena Luhrs, Vicente Moctezuma Mendoza, compiladores.

Descripción: Primera edición. | Ciudad de México : Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Sociales, 2022.

Identificadores: LIBRUNAM 2138765 | ISBN 9786073061230.

Temas: Urbanización -- Ciudad de México -- Siglo XXI. | Sociología urbana -- Ciudad de México -- Siglo XXI. | Ciudad de México -- Construcciones, estructuras, etc. | Marginación social -- Ciudad de México. | Ciudad de México -- Condiciones sociales -- Siglo XXI.

Clasificación: LCC HT384.M62.C57 2022 | DDC 307.76097253--dc23

Este libro fue sometido a un proceso de dictaminación por académicos externos al Instituto de Investigaciones Sociales de la Universidad Nacional Autónoma de México, de acuerdo con las normas establecidas por el Comité Editorial de Libros del Instituto.

Los derechos exclusivos de la edición quedan reservados para todos los países de habla hispana. Prohibida la reproducción parcial o total, por cualquier medio, sin el consentimiento por escrito del legítimo titular de los derechos.

Primera edición: junio de 2022

D.R.© 2022, Universidad Nacional Autónoma de México
Instituto de Investigaciones Sociales
Ciudad Universitaria, C.P. 04510, Ciudad de México

Coordinación editorial: Virginia Careaga Covarrubias
Cuidado de la edición: Marcela Pineda Camacho
Diseño de portada y tratamiento de imágenes: Cynthia Trigos Suzán
Formación de textos: María Antonieta Figueroa Gómez

Impreso y hecho en México

ISBN: 978-607-30-6123-0

Índice

9 Prólogo
José Luis Gómez Alanís

13 Introducción

PRIMERA PARTE MIRADAS

21 La pedagogía sensible, ciudad, ciencia
arte y humanidades
Julio César Schara

53 Experiencias y memorias del habitar
una aproximación teórica desde
las sensibilidades olfativas
Ana Lucía Cervio

85 La ciudad como palimpsesto
El caso de la zona de Tlatelolco
Erika A. Alcantar García

107 Los artistas como inspiración
para la decolonialidad
en el Centro Histórico
Lizamell Judith Díaz Ayala

SEGUNDA PARTE

EXPERIENCIAS

- 141 Mujeres, espacios y experiencias de trabajo
Yutzil Tania Cadena Pedraza
- 165 ¡Niños en las calles! Reflexiones
en torno a la experiencia urbana
en población infantil
Héctor Quiroz Rothe
- 197 Personas con discapacidad
banquetas e insensibilidad
Guillermo Boils Morales
- 227 Las familias de la capital
significado cultural
y estructuras de organización
Fernando Pliego Carrasco
- 271 Faquires urbanos
el gozo de la mortificación
Alí Ruiz Coronel
- 301 Plasticidad de tiempos
de viaje en la ciudad
Margarita Camarena Luhrs

TERCERA PARTE

POSIBILIDADES

- 335 Los niños, agentes de cambio
en el diseño de la ciudad
Pamela Ileana Castro Suárez

- 351 Tecnopolítica autodeterminante
frente a la expulsión digital en la ciudad
Ehécatl Cabrera Franco
- 373 “¡Si no, la ciudad te come!”
Solidaridad en el suelo áspero
de la marginalidad urbana contemporánea
Vicente Moctezuma Mendoza
- 401 Autobiofonías. Prácticas de escucha
intersticial: investigación y experimentación
Fernando Lomelí Bravo
- 423 Conclusiones
- 427 Acerca de los autores
- 431 Reconocimientos

Experiencias y memorias del habitar una aproximación teórica desde las sensibilidades olfativas

Ana Lucía Cervio¹

INTRODUCCIÓN

Con el propósito de efectuar una aproximación a las sensibilidades y experiencias urbanas, el presente capítulo indaga las conexiones entre sentidos corporales y habitabilidad. Particularmente, se ponen en tensión los procesos de apropiación/expropiación de la ciudad desde un registro particular: los olores que escenifican, producen, significan y distribuyen socialmente los escenarios y las experiencias urbanas. Frente al avance secuencial (pero no por ello menos contradictorio y conflictivo) a partir del cual se entretajan las experiencias de los su-

¹ Doctora en Ciencias Sociales por la Universidad de Buenos Aires (UBA). Investigadora Adjunta del Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas (Conicet), con lugar de trabajo en el Centro de Investigaciones sobre Comunidad Local, Participación y Política Social (Ciclop), asociado al Instituto Interdisciplinario de Economía Política, Facultad de Ciencias Económicas (FCE-UBA). Integrante del Centro de Investigaciones y Estudios Sociológicos (CIES). Docente de grado y posgrado en la Facultad de Ciencias Sociales (UBA) y en la Universidad "Favaloro". Miembro del Grupo de Estudios sobre Sociología de las Emociones y los Cuerpos, del Instituto de Investigaciones "Gino Germani", Facultad de Ciencias Sociales-UBA. Integrante del GT-CLACSO "Sensibilidades, subjetividades y pobreza" y de la Red Internacional de Sociología de las Sensibilidades (RedISS). Editora y Coordinadora general de la *Revista Latinoamericana de Metodología de la Investigación Social* (ReLMIS). En la actualidad, trabaja experiencias de habitabilidad, dinámicas socio-espaciales y conflictividad social en contextos urbanos desde una sociología de los cuerpos y las emociones. anacervio@hotmail.com

jetos en la ciudad, la memoria emerge como una categoría sustantiva que se entrecruza con la sensorialidad y las sensibilidades, constituyéndose en un eje analítico fundamental.

En la actualidad, las transformaciones del capitalismo a escala global vienen implicando reconfiguraciones tanto en los modos de planificación y organización de las ciudades como en las maneras de habitarlas. La generalización de lo urbano, la gentrificación, la suburbanización de las metrópolis y la segregación racializante —sólo por mencionar algunos procesos significativos— no sólo introducen cambios vinculados con las formas de consumo del suelo, con la apropiación y privatización de lugares, con la revalorización estratégica de tiempos-espacios o con el establecimiento de nuevas centralidades urbanas. También implican profundas modificaciones en las sensibilidades que se traducen en cambios sustanciales en la vida de las personas y grupos que habitan en las ciudades del Norte y Sur Global.

La ciudad capitalista produce y expresa las dinámicas de dominación que se encuentran en la base de la estructuración social. Tal como han sostenido autores de referencia obligada para los estudios sociales de lo urbano (Lefebvre, 1978a; Lefebvre y Martínez Loera, 2013; Santos, 1978; Harvey, 2006), la ciudad prescribe una relación dialéctica entre espacios que “marcan” corporal y emocionalmente a los sujetos que los ocupan, y sujetos que confieren sentidos a esos espacios, a partir de prácticas estructuradas desde las mismas lógicas expropiatorias que originaron (y consolidan) la situación de dominación.

Desde tal posicionamiento crítico, es evidente que las ciudades —junto con la ostensible materialidad que moldea las formas, flujos y direcciones que confluyen en la concreta organización de la dinámica urbana— también translucen la consolidación de políticas corporales y emocionales que condicionan los modos de habitabilidad, así como las experiencias y sensibilidades de los sujetos. Precisamente en los pliegues de esta última afirmación es desde donde emergen las reflexiones e interrogantes que el presente capítulo propone.

Para comenzar, se impone un supuesto central. Cada experiencia espacial: caminar, habitar, comprar, deambular, cocinar, amar... , es

producto y producción de cuerpos y emociones (Cervio, 2019a). Las prácticas espaciales desplegadas por un cuerpo que —por definición— percibe, clasifica y actúa sobre el mundo de acuerdo con un complejo entramado de impresiones sensoriales, comportan una dimensión del orden del sentir que conecta la producción socio-histórica y económica de la ciudad con las sensibilidades que producen —y sobre las que opera— el orden social.

En términos generales, aludir al plano de las sensibilidades —en sus conexiones con la dialéctica cuerpo-espacio que produce y reproduce la experiencia urbana— señala la inexorable relación que existe entre corporalidad y sensibilidad. Considerando las consecuencias epistémicas de dicho posicionamiento teórico, aquí se asume que *sentirse en cuerpo/un cuerpo* remite a un plano cognitivo-afectivo y político que los sujetos invierten (es decir: construyen, prueban, evalúan, arriesgan) para vivenciarse cotidianamente a sí mismos, a los otros y al mundo en el marco de la materialidad que suponen (e imponen) las experiencias “encarnadas” de lo social, con sus conflictos, avatares, goces e incertezas.

Considerando las conexiones entre cuerpos y sensibilidades señaladas, este trabajo se propone comprender la “experiencia de habitar” en las ciudades como una *relación sensible* que —a su paso— actualiza el conjunto de prácticas y estados del sentir que los sujetos ponen en juego en sus interacciones cotidianas (Cervio, 2018). Dicha experiencia (por definición: dinámica, compleja y conflictiva) es producto de la incorporación socio-histórica de los procesos y efectos de dominación materializados —entre otros vectores no menos importantes— en particulares maneras de mirar, oler, oír, tocar y gustar que vienen a (re)afirmar el carácter social y objetivo que posee toda forma de sensibilidad humana (Marx, 2010).

En tales términos, el análisis que sigue parte de considerar que los espacios urbanos habitados por las distintas clases sociales configuran *paisajes sensibles totales* que —analizados en su conjunto— permiten comprender las sensibilidades como *formaciones históricas objetivas*. Formaciones que, además, se develan como una opción teó-

rica adecuada para examinar las articulaciones entre experiencias urbanas y procesos de estructuración social en la actual situación global de expansión del capital.

Con el propósito de efectuar una aproximación a las sensibilidades inscritas en (y productoras de) las experiencias urbanas, el presente capítulo se propone indagar ciertas conexiones entre sentidos corporales y habitabilidad desde una sociología de los cuerpos/emociones. Particularmente, el estudio pone en tensión los procesos de apropiación/expropiación de la ciudad desde un registro particular: los olores que escenifican, producen, significan y distribuyen socialmente los escenarios y las experiencias urbanas. Frente al avance secuencial (pero no por ello menos contradictorio y conflictivo) a partir del cual se entretajan las experiencias de los sujetos en la ciudad, la memoria emerge como una categoría sustantiva que se entrecruza con la sensorialidad y las sensibilidades, constituyéndose en un eje analítico ineludible para el trabajo aquí presentado.

Para alcanzar el objetivo propuesto, en primer lugar se presenta una aproximación a la noción “experiencia del habitar”, explicitando ciertas conexiones entre sensibilidades, políticas de los sentidos y habitabilidad en el marco de las ciudades capitalistas.

En segundo lugar, se definen las “memorias del habitar” desde los sentidos corporales, enfatizando en las particularidades del olfato en tanto sentido privilegiado del recuerdo y la intimidad. Finalmente, se proponen algunas viñetas analíticas que tensionan los procesos de apropiación/expropiación de la ciudad y de sus espacios mediante las sensibilidades olfativas.

“EXPERIENCIA DEL HABITAR”: UNA CONCEPTUALIZACIÓN POSIBLE

A partir de las elaboraciones de Heidegger (2015) y Lefebvre (1978a; 1978b; 2013) —sólo por citar algunas referencias ineludibles— la noción “habitar” ha quedado asociada a la idea de *apropiación*. Implica distintas formas de ocupación y permanencia en el espacio, así como

un conjunto de relaciones, sentidos, objetos y disposiciones (afectivas, corporales, vitales) que los sujetos ponen en juego de manera dinámica en y a partir de su práctica de habitar.

Definido como sinónimo de “vivir”/“morar” (Real Academia Española, 2019), “habitar” es una experiencia fundante en torno de la cual discurre la vida de los sujetos. Recuperando sus orígenes etimológicos, no sólo se conecta con el acto de “ocupar un lugar” o “vivir en él” (latín: *habitāre*), sino también es frecuentativo del latín *habere*. A partir del siglo XII, el verbo “haber” (“capital” para la gramática española) será progresivamente definido como la acción de tener o poseer (Corominas y Pascual, 1984).² De modo que habitar es —además de ocupar un lugar— disponerlo, disputarlo, disfrutarlo.

En el marco del proyecto teórico-político elaborado por Lefebvre, la ciudad debe ser *reapropiada* por sus habitantes en tanto “obra”. Según este autor, el “*derecho a la obra*” (definido como la participación activa de los sujetos en la creación de la ciudad) junto con el “*derecho a la apropiación*” (que se distingue de la lógica de la propiedad privada moldeada por el capital), se articulan en la forma superior de todos los derechos: *el derecho a la ciudad*.

La ciudad es obra, más próxima a la obra de arte que al simple producto material. Si hay producción de la ciudad y relaciones sociales en la ciudad, ello no es otra cosa que producción y reproducción de seres humanos por seres humanos, mejor aún que producción de objetos. La ciudad tiene una historia; es obra de una historia; es decir, de personas y grupos muy determinados que realizan esta obra en condiciones históricas (Lefebvre, 1978a: 65).

² Junto con las definiciones asociadas con la morada y la posesión antes comentadas, habitar también forma parte de una familia de palabras que incluye el hábito (vestido o traje que usan religiosos y religiosas; insignia con que se distinguen los órdenes militares) y los hábitos (costumbres, destrezas).

Es en el marco de esta proposición donde el habitar —entendido en forma simultánea como rasgo antropológico fundamental (*proprium*) y como acto político— adquiere un lugar preponderante en las dinámicas políticas y sociales involucradas en hacer/disputar la ciudad como una *obra*. Es decir, como una autogestión creativa de los espacios, signos, ritmos y relaciones urbanas.

En este contexto, Lefebvre sostiene que habitar es un hecho social y político clave, pues consiste en “con-vertir” el *espacio vivido*³ en un *lugar*. Esto es: *hacerlo propio* mediante la inversión creativa de las capacidades, disposiciones, emociones e imaginación de los usuarios. Desde esta mirada, habitar es concebido como un acto *creativo y transformador* que no sólo se despliega sobre el espacio sino —fundamentalmente— sobre los sujetos que ocupan, usan, disfrutan y padecen el espacio habitado como *su* lugar.

De acuerdo con el sociólogo francés, la complejidad y profundidad del sentido moderno del habitar fue puesta de manifiesto por Nietzsche y Heidegger. Desde su mirada, estos filósofos pusieron fin a la

³ Es importante recordar que Lefebvre propone una concepción del espacio que “rompe” con la idea del espacio geométrico/euclidiano, el cual, según su opinión, se ha mostrado siempre inteligible, transparente, objetivo y neutral. Luego de considerar que tal transparencia no es más que una “ilusión” ideológicamente elaborada para ocultar la imposición de ciertas relaciones de poder, el autor define el espacio como una *producción social*, pues es resultado de prácticas, relaciones y experiencias sociales y —al mismo tiempo— forma parte de ellas. En este contexto, presenta una teoría unitaria del espacio y elabora una tríada conceptual compuesta por las *prácticas espaciales* (experiencias cotidianas del espacio); las *representaciones del espacio* (espacio organizado por instituciones, actores y discursos); y los *espacios de representación* (asociado con los componentes simbólicos, vivencias y prácticas que otorgan sentido al espacio). A cada una de estas dimensiones corresponde —respectivamente— un tipo particular de espacio, dando cuenta con ello de una concepción “tridimensional” del mismo: *a) espacio percibido*: es el espacio de la experiencia material, que vincula realidad cotidiana (uso del tiempo) y realidad urbana (redes y flujos de personas, mercancías o dinero que se asientan en y transitan el espacio), englobando tanto la producción como la reproducción social; *b) espacio concebido*: es el espacio de los expertos, los científicos, los planificadores. Es el espacio de los signos, de los códigos de ordenación, fragmentación y restricción. Apunta a reducir lo vivido a lo visible/legible; y *c) espacio vivido*: es el espacio de la imaginación y de lo simbólico dentro de una existencia material. El espacio de usuarios y habitantes, donde se profundiza en la búsqueda de nuevas posibilidades de la realidad espacial (Lefebvre, 2013: 92, 97-98).

perspectiva reduccionista que durante el siglo XIX concibió el habitar como el (simple) “lugar de habitación” y restringía su complejidad inherente a un conjunto de actividades elementales: comer, dormir, guarecerse, reproducirse. . . Según Lefebvre, con Heidegger (2015) el habitar vuelve a ser pensado como fundamento del ser, como base de la sociabilidad. Habitar que comienza con la construcción, pero que engloba —además— una dimensión “poética” de apertura del hombre vinculada con lo posible y con lo imaginario.

En la doctrina de Heidegger, el habitar desempeña un papel esencial. La tierra es el habitar del hombre, este “ser” excepcional entre los “seres” (“los que son”), de la misma forma que su lenguaje es la Mansión del Ser [...]. Según él, hay un vínculo entre edificar, habitar, pensar (y hablar). El habitar, en su esencia, es poético. Es un rasgo fundamental de la condición humana [...]. Comentando el admirable poema de Hölderlin, “Poéticamente habita el hombre”, Heidegger declara que la palabra del Poeta no se refiere en absoluto a las actuales condiciones de la habitación. No afirma que habitar quiera decir “alojarse”. Nos encontramos, dice Heidegger, ante una doble exigencia y un doble movimiento: pensar la existencia profunda del ser humano partiendo del habitar y de la habitación: pensar el ser de la Poesía como un “edificar”, como un “hacer habitar” por excelencia (Lefebvre, 1978b: 152).

En otros términos, habitar no es simplemente alojarse. No es una función accidental del hombre, sino una de sus manifestaciones esenciales y definatorias. Se trata de una característica distintiva del ser humano dependiente de los cambios en las relaciones sociales de producción. De manera tal que la historia del habitar puede ser entendida como un capítulo (y no menor) de la historia social y económica de la humanidad.

De acuerdo con Lefebvre, habitar también es una *práctica productiva*. Como tal, es recurso y resultado de una compleja dinámica de *apropiación espacial* que se expresa “objetivamente” en un conjunto de cosas, sentidos y locuciones. Con todo, dicha apropiación (que exige

un trabajo de producción, la necesidad y el “deseo de hacer”) es concebida por el autor como el conjunto de prácticas sociales que otorgan a cierto espacio las cualidades propias de un *lugar*; es decir, de una *obra* (Lefebvre y Martínez Loera, 2013: 424). De modo que la apropiación aquí no se define desde la posesión (tener) que configura el sentido y el espíritu por excelencia de la propiedad privada sino —más bien— desde un *hacer* creativo, transformador, productor de posibilidades.

En este marco, *apropiarse del espacio* (habitarlo) es adaptarlo, transformarlo y crearlo como *lugar propio* a través de la afectividad e imaginación del sujeto. De manera que —además de los objetos, los sentidos y las palabras— el acto de habitar confiere un lugar privilegiado a las emociones. En tal sentido, Lefebvre afirma:

Habitar, para el individuo o para el grupo, es apropiarse de algo. Apropiarse no es tener en propiedad, sino hacer su obra, modelarla, formarla, poner el sello propio [...]. Habitar es apropiarse un espacio; es también hacer frente a los constreñimientos; es decir, es el lugar del conflicto, a menudo agudo entre los constreñimientos y las fuerzas de apropiación [...]. El conflicto entre apropiación y constreñimiento es perpetuo [...] los interesados lo resuelven en otro plano: el de la imaginación, el de lo imaginado. Cualquier ciudad, cualquier aglomeración, ha tenido y tiene una realidad o una dimensión imaginaria [...] es necesario hacer un sitio a estos sueños, a este nivel de lo imaginario, de lo simbólico, espacio que tradicionalmente ocupaban los monumentos (Lefebvre, 1978b: 210).

Ahora bien, si habitar involucra un acto de apropiación y éste es enunciado como parte de un complejo proceso de ocupación, *¿qué significa ocupar el espacio?* Para Lefebvre esto señala la evidente presencia de “un cuerpo —no el cuerpo en general, la corporeidad—, un cuerpo definido, capaz de indicar la dirección mediante un gesto, capaz de definir la rotación mediante vueltas, de jalonar y orientar el espacio” (Lefebvre y Martínez Loera, 2013: 217). De manera que la práctica y el movimiento de *ocupar* el espacio por parte de un cuerpo específico —que, además, es histórico y de clase— son los que habilitan a pensar

la *dialéctica del espacio* como producto-productor social. Tal concepción —que desmiente la representación del espacio como un “continente” que *espera* ser llenado por un contenido— no hace más que romper con la relación de inherencia recíproca entre *forma* y *contenido*.

El lugar protagónico que tiene el cuerpo en la producción del espacio es subrayado por Lefebvre cuando admite:

Existe una relación inmediata entre el cuerpo y su espacio, entre el despliegue corporal en el espacio y la ocupación del espacio. Antes de *producir* efectos en lo material (útiles y objetos), antes de *producirse* (nutriéndose de la materia) y antes de *reproducirse* (mediante la generación de otro cuerpo), cada cuerpo vivo *es* un espacio y *tiene* su espacio: se produce en el espacio y al mismo tiempo produce ese espacio (Lefebvre y Martínez Loera, 2013: 218) [*cursivas en el original*].

La cita anterior muestra las dinámicas del *ser, estar y hacer* que se articulan en la conexión entre cuerpo y espacio, para dar lugar al habitar como práctica y experiencia.⁴ En efecto —como sostiene el autor—, cada cuerpo *es* un espacio que a su vez *produce* espacio, ocupándolo. En otros términos, además de *ser* una forma concreta de espacialidad, cada cuerpo *produce espacio* cuando confiere/entrega/niega sus propias energías, deseos, productos y resistencias al entorno que habita. En simultáneo, todo cuerpo *produce espacio* cuando lo ocupa. Es decir, cuando gesta coordenadas de acción; cuando establece orientaciones y direcciones; cuando define centros y periferias...

En suma, el cuerpo es una forma específica de espacialidad que vive/muere en el espacio, al tiempo que es parte consustancial del mismo. El espacio *per se* ofrece direcciones, orientaciones y ángulos que son cualificados, valorados, apreciados o despreciados por indi-

⁴ Además, tan estrecho resulta ser el vínculo entre cuerpo y espacio que los indicadores espaciales en torno a los cuales se organiza (casi toda) la experiencia vital, provienen del propio cuerpo: derecha, izquierda; arriba, abajo; centro, periferia... (Lefebvre, *Op. cit.*: 219).

viduos y grupos que ocupan, utilizan e imaginan el espacio: *su espacio*. De manera que en la definición y delimitación del espacio como *formas espaciales*, el cuerpo emerge como punto de partida y como unidad de referencia. Sin embargo, ¿qué cuerpo?

Claro está que en la concepción lefebvriana el cuerpo no es una abstracción. Es una materialidad histórica, definida y producida en términos ideológicos, que responde al modelo de acumulación y a sus relaciones de producción. Este *cuerpo social* no se introduce en un mundo pre-existente sino que produce y reproduce el mundo. Su materialidad (inobjetable) procede del espacio; es decir, de la energía que se despliega y “aprovecha” de su entorno. El cuerpo no puede *existir* ni tener algún tipo de impacto sobre la naturaleza si no es debido a su extrema y primaria dependencia de *su espacio* (del que es, al mismo tiempo, producto y producción). En esta línea —según el autor—, el cuerpo debe su existencia y sus (múltiples) sentidos al espacio, entendiendo este último como una *prolongación constitutiva de la propia corporeidad* (Lefebvre y Martínez Loera, 2013: 240-241).

Asimismo, en tanto producción histórico-social, el espacio posibilita dimensionar las configuraciones, límites y alcances del cuerpo en una coordenada tiempo-espacio dada. Ello es así por cuanto precisamente en el espacio (al calor de sus rigideces y transformaciones) es donde mejor se aprecian las producciones corporales, sus deseos, sus victorias, sus derrotas y de-venires. De allí que la elaboración de una historia social del cuerpo no puede prescindir de una historia social del espacio.

Conectando esta sintética referencia a la teoría del espacio, del cuerpo y del habitar propuesta por Lefebvre con los aportes de una sociología de los cuerpos/emociones, resulta evidente que toda experiencia espacial —entre ellas, habitar— sólo puede ser desplegada por cuerpos *sintientes, percipientes, hacientes*. De allí el interés que persigue este trabajo de evocar “paisajes sensibles totales”, para comprender los procesos corporales y emocionales involucrados en las experiencias del habitar que tienen lugar en escenarios urbanos capitalistas.

El juego entre impresiones y percepciones que provienen del intercambio con el medioambiente, configuran particulares *modos de ver, oír, gustar, tocar y oler* que —en su conjunto— definen las sensaciones que la ciudad despierta o acalla en los sujetos que la habitan (Cervio, 2015). Entendidas como “estados” materiales que acontecen en, por y a través del cuerpo, las emociones vehiculan las impresiones del mundo que los sujetos receptan mediante sus sentidos corporales. Organizadas como percepciones, dichas impresiones sensoriales luego quedarán asociadas con las formas socialmente construidas de las sensaciones (Scribano, 2017a). De allí que en el marco de este análisis el (indisoluble) par *cuerpo-emoción* sea comprendido como el *soporte material* (histórico, con fuerte clivaje de raza/etnia, género y clase), a partir del cual se produce la in-corporación de las estructuras de dominación y poder, transformadas en experiencias y prácticas.

Aunque en primera instancia se vivencien en forma individual, ya en el siglo XIX Marx (2010) mostró cómo los sentidos corporales, y el conjunto de prácticas que ellos posibilitan/restringen en un determinado orden societal, son *productos sociales e históricos* performados por y desde la posición de clase de los sujetos.

Así, en sus *Manuscritos económico-filosóficos de 1844*, el autor afirma que “La formación de los cinco sentidos es un trabajo de toda la historia universal precedente” (Marx, 2010: 149). Da cuenta con ello del innegable valor social, histórico y colectivo que tienen los sabores, las texturas, los aromas, las imágenes y los sonidos que se multiplican, contraponen y con-funden a cada segundo de la vida.

Para Marx, la sensibilidad humana sólo surge como tal a partir de la existencia de *su objeto*; es decir, de lo que este pensador denomina “naturaleza humanizada” (*Op. cit.*). Y es precisamente por y a partir de la acción de los sentidos orgánicos y espirituales (el amor, la voluntad, la intuición. . .) como el hombre social consigue su *afirmación* en el mundo objetivo. En este marco, argumenta:

[...] así como es la música la que despierta el sentido musical del hombre, así como, para el oído insensible, la más bella música no tiene sentido

alguno, no es objeto [*alguno*], ya que mi objeto sólo puede ser la confirmación de mis capacidades esenciales, así también solo puede existir de esa manera para mí porque mi capacidad esencial es para sí en cuanto capacidad subjetiva, porque el sentido de un objeto para mí (solo posee significado para un sentido acorde con él) llega tan lejos como *mi* sentido. Por eso, los *sentidos* del hombre social son *diferentes* de los del hombre no social; solo a partir de la riqueza objetivamente desarrollada de la esencia humana se desarrolla la riqueza de la sensibilidad *humana* subjetiva; se desarrolla un oído musical, un ojo capaz de percibir la belleza de la forma; en suma, son, en parte, educados y, en parte, producidos, *sentidos* capaces de promover goces humanos; sentidos que se confirman como capacidades esenciales *humanas* (Marx, 2010: 148-149) [cursivas en el original].

Recuperando la condición espacial y emocional inherente a toda práctica, el *cuerpo/emoción* no sólo es constitutivo e indispensable para la acción, sino también una forma de espacialidad que moldea (y es moldeada por) la matriz tiempo-espacio a partir de la cual el sujeto vivencia, narra y clasifica el mundo social en general, y sus experiencias en la ciudad en particular. Así, las prácticas espaciales desplegadas por el cuerpo alojan un fuerte contenido sensible, estrechamente conectado con el orden social en el que dichas prácticas tienen lugar. Sociológicamente, tal conexión exige volver la mirada sobre las *políticas de las sensibilidades* que producen y sobre las que opera el dominio capitalista.

Tales políticas son definidas como: “El conjunto de prácticas sociales cognitivo-afectivas tendientes a la producción, gestión y reproducción de horizontes de acción, disposición y cognición” (Scribano, 2017a: 244). Desde esta mirada, las sensibilidades organizan inadvertidamente la vida cotidiana, las preferencias y los valores de los sujetos. Asimismo —y en tanto procesos estructurantes de lo social—, las sensibilidades establecen los parámetros para la gestión del tiempo-espacio en el que se inscriben las interacciones sociales, dando lugar a maneras “naturales” y “naturalizadas” de concebir las horas, los días, los hábitos y costumbres, la esfera pública, los espacios de intimidad...

En síntesis —definidas como políticas que organizan y posibilitan las dinámicas clasificatorias del mundo social—, las sensibilidades (re) producen las estructuras del poder al calor de prácticas y emociones habituales: impotencia, ira, esperanza, incertidumbre...

Ahora bien, las sensibilidades carecerían de efectividad para organizar “naturalmente” la vida cotidiana según las prescripciones estructurales, si no contaran con la asistencia de las llamadas “políticas de los sentidos” (Scribano, 2015: 3). Entendidas como nodos indispensables de las sensibilidades que atraviesan y configuran la situación de dominación actual, las políticas de los sentidos producen, localizan, significan y distribuyen socialmente particulares modos de oler, tocar, oír, mirar y gustar, que circulan en una sociedad en un tiempo específico, presentando un radical contenido interseccional entre clase, raza/etnia y género.

Desde este marco de entendimiento, las sensibilidades se articulan con las experiencias de habitar en las ciudades. Siguiendo el razonamiento lefebvriano anteriormente presentado, dichas experiencias no se circunscriben a la mera función de alojamiento, sino que designan y son resultado de las condiciones materiales y emocionales involucradas en el habitar como práctica social y de clase.

Dado que el mundo se conoce por y a través de los cuerpos, los ojos, los oídos, la nariz, la boca y la piel son *locus* socio-sensoriales que hacen posible el contacto entre el cuerpo y el mundo (Le Breton, 2017; Ackerman, 2000; Sabido Ramos, 2016; Serres, 2016; Kukso, 2019). Si se aplica este enunciado al escenario urbano, las ciudades pueden ser entendidas como *paisajes* visuales, sonoros, olfativos, gustativos y táctiles que —analizados en su conjunto— permiten comprender la sensibilidad como una formación histórica y la experiencia como un campo multisensorial socialmente estructurado.

Interesa cerrar este apartado recuperando una definición de “experiencia del habitar” que retoma y pone en diálogo las principales consideraciones teóricas discutidas en torno al espacio, el cuerpo, las sensibilidades y el habitar. En concreto, tal experiencia puede ser delimitada conceptualmente como:

Una *relación sensible* —viabilizada por la acción y potencia de los cinco sentidos— que alude a los *entramados prácticos y emocionales* que los sujetos ponen en juego en sus interacciones cotidianas. En términos generales, dicha experiencia es el resultado de la *in-corporación de los procesos y efectos de dominación* (vuelto mirada, olfato, audición, tacto y gusto) que actualizan las percepciones asociadas a las formas socialmente construidas de las sensaciones (Cervio, 2018: 15) [*cursivas en el original*].

De modo que experimentar la ciudad y los espacios habitados, lejos de remitir a un acto particular, pretendidamente individual, señalaría los *modos socialmente construidos y aceptados de gestionar la distribución y disposición de clase, de género y raza de los cinco sentidos* que organizan la vida social en general, y la vida urbana en particular.

“MEMORIAS DEL HABITAR” Y SENSIBILIDADES OLFATIVAS

¿Qué es el mundo sino el producto de cuerpos que lo penetran hasta transformarlo en una permanente oscilación entre la sensación de las cosas y la sensación de sí que tienen los sujetos? Así como el cuerpo es la continuación más vital, social y vivificante del espacio, también es la manifestación más elemental de lo sensible. Está incluido inexorablemente en las orientaciones, direcciones, movimientos y profundidades que adquieren las cosas “en el espacio” y —al mismo tiempo— se con-funde con ellas a través de sus múltiples sentidos.

El mundo, ese ilimitado universo que no deja de fluir e impactar sensualmente, sólo puede ser conocido a través de los sentidos; es decir, mediante esa compleja materia destinada a producir, precisamente, información sobre el mundo. Los *sentidos producen sentidos*, pues hacen posible experimentar, cualificar y apreciar el mundo a través de variados e incalculables ecos sensoriales (y sus extensiones, bajo la forma de diversos medios materiales) que no dejan de atravesar el cuerpo, constituyéndolo en toda su complejidad.

Precisamente porque los sujetos conocen el mundo por y a través de sus cuerpos, los llamados “cinco sentidos”⁵ constituyen la base orgánica y social a partir de la cual se configuran e incorporan los regímenes de sensibilidad que acompañan (y hacen posibles) las estructuras de dominación y poder. Como se sostuvo en otro lugar:

Los regímenes de sensibilidad social se materializan en prácticas (del hacer, decir, recordar) regidas por dispositivos que regulan los sentires sobre el mundo (miedo, bronca, resignación, asco, impotencia, felicidad, esperanza, etc.) y por mecanismos que lo vuelven “soportable” (olvido, acostumbramiento, espera, paciencia, etc.). Ambos procedimientos responden a la lógica fantasmagórica del capital, obturando la conflictividad y restringiendo de ese modo la posibilidad de re-accionar ante un mundo cada vez más des-humanizado, más doloroso (Cervio, 2019b: 66).

Uno de los rasgos estructurales más evidentes en la actual fase de acumulación capitalista es el conjunto de procedimientos, instituciones y regulaciones dedicadas a producir, gestionar y reproducir diversas y desiguales modulaciones de los sentidos. En este marco, las ciudades son espacios estratégicos para el despliegue de las aludidas dinámicas de a-preciaación/de-preciaación sensorial, pues en sus contornos se dirimen, privilegiadamente, los recursos, normas y estructuras procedimentales que exige el “éxito” del capital.

Distintos indicadores económicos, sociales y culturales utilizados para “medir” los resultados de los procesos de valoración del capital a escala urbana, no dejan margen de dudas: la gestión, producción y construcción de sensibilidades son procesos fundamentales para la reproducción del capital a escala global en el siglo XXI. Así lo muestran —por citar unos pocos ejemplos— las estadísticas que elaboran el *ranking* de los países “más felices” del planeta (Helliwell, Layard, y

⁵ Se alude a la “clásica” reducción de la percepción a cinco órganos sensoriales: vista, oído, olfato, gusto y tacto. Sin embargo, distintos estudios científicos muestran la existencia de —al menos— 33 sentidos (Howes, 2014: 17).

Sachs, 2018), las acciones “socialmente comprometidas” y “solidarias” impulsadas por corporaciones empresariales como parte de sus propias lógicas gananciales (Banerjee y Jackson, 2017; Gardner, 2018; Breeze y Wiepking, 2018), o las decisiones políticas que hacen de la confianza un recurso “necesario” para mejorar el desempeño económico y los niveles de bienestar de la población (Torrente, Caïs, y Bolancé, 2019; Cervio y De Sena, 2017).

Así, la producción, manejo y circulación de emociones impulsados por la actual economía política de la moral del capitalismo constituyen procesos nucleares a partir de los cuales la dominación deviene *formas* concretas de consumo, sociabilidad y ciudadanía (Scribano, 2017b; Dettano, 2019). Merced a su despliegue, las aludidas formas sociales van configurando prácticas y vivencias cotidianas que normalizan (o al menos restringen los márgenes para el cuestionamiento crítico de) las relaciones entre emociones, Estado y mercado que posibilitan la expansión del capital.

Ahora bien, así como una lectura socio-corporal/sensible de la ciudad implica (re)pensar el orden urbano a partir de los ritmos, flujos, sentidos y relaciones que definen —en conjunto— la distribución de los cuerpos en el espacio (configurando, dialécticamente, los modos como esos cuerpos perciben el mundo, a los otros y a sí mismos), es evidente que el juego entre impresiones, percepciones y sensaciones mediante el cual los sujetos conocen y se “mueven” por el mundo, son productos sociales. Esto es: dependientes de la interseccionalidad de clase, raza/etnia y género que define la posición y condición de los sujetos en el espacio social. Desde esta mirada, *cada habitante siente la ciudad desde la posición socio-corporal que ocupa*. Dicha posición es subsidiaria de la historia de apropiaciones y expropiaciones: espaciales, existenciales, políticas, ciudadanas, éticas. . . vivenciadas por los sujetos —de manera más o menos evidente— en sus propias líneas biográficas.

El aludido cuadro apropiatorio-expropiatorio que en tal esquema analítico define (como “balance”) la posición de los sujetos en la ciudad, puede ser reconstruido a partir de múltiples vías: todas ellas diversas y

complementarias. En el caso de este análisis, la propuesta consiste en indagar las experiencias del habitar desde el registro de las sensibilidades olfativas que la ciudad escenifica, produce, significa y distribuye socialmente como parte de sus políticas emocionales y corporales.

Ahora bien, ¿por qué los olores? ¿Qué olores? Lefebvre sostiene que una de las principales “ofrendas” del cuerpo que se vinculan íntimamente con el espacio *deseado*, con el *habitado* y con el *producido* en el contexto de las relaciones sociales capitalistas, son los olores. Y cuando el autor realiza esta afirmación refiere tanto a las manifestaciones odoríficas concretas (habituales/excepcionales), así como a las “encarnizadas” luchas sociales emprendidas para desterrar los hedores “indeseados” de la atmósfera urbana, en nombre de la higiene y asepsia impuestas por la ciudad moderna, pulcra y racional.

La gran colada, la extinción de todos los aromas y hedores naturales por los desodorantes de todo tipo, muestra que la transposición de todo en imágenes, en espectáculo, en discurso, en escritura-lectura, sólo son aspectos de una empresa mayor. Cuando alguien tiene el hábito (ese alguien es un niño) de identificar los lugares mediante olores, gentes y cosas, la retórica resbala. El objeto transaccional, al que del deseo se une para salir de la subjetividad y esperar al “otro”, se manifiesta en primer lugar en el olor; lo mismo es cierto para el objeto de Eros (Lefebvre, 2013: 242-243).

Es evidente que el olor se vincula con el goce, el deseo y la intimidad. Es —como apunta Lefebvre— una “sustancia” básica para la instauración de la relación “tú-yo”/“nosotros-ellos” sobre la que se asienta cualquier forma de lazo social (amor/odio; confianza/desconfianza; atracción/repulsión...) puesto que evoca —mediante específicas combinaciones moleculares— las contrapuestas fuerzas entre Eros y Tánatos.

Marcuse refiere el gusto y el olfato como “sentidos inmediatos”, en tanto generan placeres corporalmente intensos, análogos al placer sexual. Siguiendo algunas reflexiones elaboradas por Freud (1989) en esta dirección, Marcuse sostiene que la intensidad del placer corporal-físico (y también el dis-gusto irreprimido) que provocan el gusto

y el olfato, es lo que ha acelerado su subyugamiento en la civilización. Ambos sentidos:

Relacionan (y separan) a los individuos inmediatamente, sin que intervengan las formas convencionalizadas de la conciencia, la moral y la estética. Un poder tan inmediato es incompatible con la efectividad de la *dominación* organizada, es incompatible con una sociedad que “tiende a separar a la gente, a poner distancias entre ellas y a prevenir las relaciones espontáneas y las expresiones de tipo animal ‘naturales’ en tales relaciones” (Marcuse, 1972: 49) [*cursivas del autor*].

Los olores no significan. Por el contrario, *son y dicen lo que son*: escurridizos, fugaces, inmediatos, incesantes, esquivos y únicos. Para describirlos siempre faltan palabras, pues en estos asuntos “la retórica resbala” (Lefebvre, 2013: 243). Por eso los sujetos suelen hacer referencia a los olores apelando a rodeos semánticos que —por lo general— terminan siendo afines a lo que esos estímulos les hacen sentir: “inmundo”, “excitante”, “delicioso”, “nauseabundo”, “hediondo”.

Desde el más “hipnótico” de los perfumes hasta el más “pestilente” hedor, los olores poseen una realidad material y sensible. Más allá del aparente carácter subjetivo que pesa sobre las calificaciones de un olor concreto, aquí se sostiene que se trata de un fenómeno que pertenece al mundo objetivo, en tanto los efectos que produce (acciones, reacciones, nuevos olores) transcurren en la experiencia sensible del mundo social. En este marco —y contrariamente a lo que indicaría en primera instancia su carácter efímero y circunstancial—,⁶ los olores

⁶ Desde la mirada que aquí se sostiene, los olores son “escurridizos” en sus manifestaciones, pero no así en sus efectos sociales. “Marcar” odoríficamente a una persona o grupo con valencias negativas —por ejemplo— es un rastro indeleble que condiciona la experiencia de quien huele como de quien es olido. Desde la concepción que interpreta los olores como construcciones morales (Synnott, 2003), es sencillo advertir que, en sociedades profundamente desiguales, siempre es “el otro”: negro, indígena, pobre, discapacitado, ... el que “huele mal”, imponiéndose como un *dictum* moral que atraviesa la experiencia (presente y futura) tanto del sujeto individual como del colectivo.

son *producto y producciones materiales* indicativas de historias, procesos productivos, combates, resistencias y pasiones de variado cuño, convirtiéndose —por ello— en analizadores adecuados de los procesos estructurales vigentes en una sociedad en un tiempo-espacio dado.⁷

Conforme a su carácter material, los olores “ocupan lugares”; esto es, los habitan y los transforman a su paso sintetizando —en sus volátiles recorridos— un cúmulo de relaciones sociales a las que —precisamente— esos olores deben su origen y también sus significaciones. En las fábricas (que siempre huelen mal) se producen perfumes, colonias, jabones, desodorantes y demás enseres aromáticos elaborados para transformar los cuerpos, los espacios y las relaciones sociales. Y ésta es sólo una muestra del lugar privilegiado que ocupan los olores y el olfato en el marco de los procesos productivos y comerciales actuales.⁸

En *Emilio o la educación*, escrito en 1762, Rousseau sostiene que “los olores son sensaciones débiles, que mueven más la imaginación que el sentido, y que menos impresión hacen por lo que dan que por lo que prometen” (1985: 178). Es decir, a juicio de este pensador del siglo XVIII, los olores no afectarían tanto por lo que producen en los sujetos sino por lo que hacen esperar: por las expectativas que producen. Este supuesto posibilita pensar los olores como sensaciones que anudan el presente al futuro, anticipando a los sujetos *que huelen* las interacciones sociales que advendrán.

El entramado presente-futuro sobre el que advierte Rousseau se conecta —en algún punto— con la idea de que el olfato es un senti-

⁷ La opción por las sensibilidades olfativas que se propone en este capítulo para la indagación de las experiencias urbanas no niega —de ningún modo— la importancia de estudiar el resto de las expresiones sensoriales. Dado que (parafraseando a Marcel Mauss, 1979) la experiencia sensorial es un “hecho social total”, un abordaje completo de la experiencia urbana desde los sentidos corporales, requiere poner en diálogo estudios complementarios interesados en la vista, el tacto, el gusto, el oído y el olfato.

⁸ Mención especial merecen las diversas estrategias de *marketing* olfativo que están siendo adoptadas cada vez más por las empresas: gastronómicas, textiles, hoteleras, ... para el posicionamiento de sus respectivas marcas. Cfr. Grisales Castro, 2019; Guillet, Kozak y Kucukusta, 2019; Sendra y Carbonell-Barrachina, 2017).

do corporal que opera —básicamente— como un clasificador moral. Synnott sostiene:

El olor no es solamente un fenómeno fisiológico, es también un fenómeno moral, ya que los olores son considerados como positivos o negativos, buenos o malos. Esta dimensión moral del olfato es la que hace que este sentido tenga una apremiante importancia sociológica y económica (Synnott, 2003: 440).

En la vida de todos los días, cualquier olor que no “esté en su lugar” provoca sorpresa, molestia o desagrado, porque no “responde” a lo que el olfato *espera* encontrar en dichas circunstancias. Por ejemplo, cuando se siente olor a gas o cuando se percibe el olor de una comida en mal estado. Estas sensibilidades son el resultado inmediato de un olfato que es radical en sus apreciaciones, pues define de una sola vez (y sin grises) algo como “atractivo” o “repulsivo”, sin otorgar demasiado margen a las especulaciones.

El carácter “intransigente” y “riguroso” del olfato fue estudiado —entre otros— por Simmel (2014) en el marco de sus teorizaciones sobre las formas de socialización (*vergesellschaftung*). Para este autor, además de ser una unidad de medida a la que inexorablemente recurren los sujetos para evaluar las relaciones que éstos mantienen con los objetos del mundo, los olores inciden sobre el espacio interpersonal y —por lo tanto— constituyen elementos centrales a la hora de analizar las relaciones de distancia y proximidad vigentes en una sociedad dada. Para el sociólogo berlinés, el olfato es un “sentido dissociador” (*Op. cit.*: 632). Produce más rechazos que atracciones y —dado que sus juicios son categóricos— generalmente tiende a ensanchar el espacio interpersonal; situación que explicaría —en parte— el extendido aislamiento y soledad del *urbanita*.

Oler la atmósfera de alguien es la percepción más íntima que de esa persona podemos tener; la persona olida penetra, en figura etérea, en nuestro interior. Es evidente, pues, que al crecer la sensibilidad para las

impresiones olfativas ha de verificarse una selección y distanciamiento, que constituye, en cierto modo, una de las bases empíricas de la reserva sociológica, propia del individuo moderno (Simmel, 2014: 632).

En este marco, la selección y el distanciamiento respecto del objeto/sujeto cuya atmósfera de “intimidad” es repelida por quien huele, alienta múltiples formas de diastemia social susceptibles de ser analizadas en el contexto de las ciudades actuales. En efecto, tales distanciamientos inter-personales no sólo se manifiestan en distintos procesos de privatización de la ciudad y de sus espacios, sino que —además— repercuten en el plano del sentir, modulando buena parte de las sensibilidades urbanas al calor de la desconfianza, el miedo o la inseguridad (Cervio, 2019a; 2019c; Scribano y Cervio, 2018).

De tal modo —pese a la proximidad corporal entre “extraños” que indefectiblemente caracteriza la vida en las ciudades—, Simmel advierte que la repulsión aisladora que genera el olfato no hace más que reforzar actitudes morales que califican, clasifican y separan a los sujetos y a las cosas de acuerdo con los olores que éstos “exudan”. De modo que oler y ser olido es —también— una forma de construir sujetos y sociedad.

Como se trata de una inmediatez fisiológica —que además tiene consecuencias sociales ligadas a los procesos de categorización y separación anteriormente descritos—, la olfacción (la acción de oler) conecta la inevitable respiración necesaria para la vida con las consecuentes sensaciones que provoca la atmósfera olfativa en la que el sujeto está inmerso. Dado que en el campo olfativo no existe una escala objetiva que permita elaborar una descripción “verdadera” de los estímulos —tampoco una relación directa entre los olores y las palabras para nombrarlos—, es claro que la *forma* que reviste la sensación (agrado/desagrado, placer/displacer) es la que describe y define al odorante; en otras palabras: a la fuente material de dicha sensación.

De tal modo, lo agradable es descrito como “aromático”; lo desagradable, como “asqueroso”. El lenguaje coloquial exhibe varios ejemplos en este sentido: lo que “huele bien” es confiable, serio, amistoso; lo que

“huele mal” es peligroso, artero, sospechoso. Este “maniqueísmo” categorial explica en gran medida el poder social y moral que desempeña el olfato en las sociedades actuales, mostrando la centralidad sociológica que tienen los olores en términos de su participación en la organización de relaciones, intercambios y experiencias sociales de variado tipo.

Al no poder ser descritos con exactitud mediante el auxilio del lenguaje, es evidente que las relaciones sociales presentes en los olores no pueden asirse plenamente: el sujeto las “rodea”, ofreciendo una definición más ligada a referentes contextuales y familiares (“huele a limón”, “es parecido a la canela”, “me recuerda a la farmacia”) que a formaciones odoríficas concretas. De alguna manera, esta imposibilidad de ser nombrados señalaría que los olores forman parte nodal de ese espacio *sensorial-sensual* (Lefebvre y Martínez Loera, 2013: 254) fuertemente relegado por la pregnancia del lenguaje, el cálculo racional y el intercambio instrumental en las sociedades modernas.

Como se anticipó, el carácter *incesante, escurridizo* y a la vez *indeleble* de los olores, es lo que les confiere un lugar significativo para el análisis de las dinámicas socio-espaciales, entre otros fenómenos no menos importantes. Los sujetos huelen en forma crónica y, aunque los olores percibidos (minúsculos o descomunales, íntimos o colectivos) habitualmente sean transitorios —paradójicamente— suelen dejar en ellos un profundo rastro que señala hacia el enorme poder mnemónico del olfato (Corbin, 2002; Synnot, 2003).

Así, en tanto sentido privilegiado de los afectos, la imaginación, el deseo y el placer (Rousseau, 1762; Freud, 1930; Marcuse, 1953), el olfato también es el sentido predilecto del recuerdo, la memoria y la intimidad. Esto lo convierte en un analizador estratégico de las experiencias y “memorias del habitar” en las ciudades que el presente trabajo se propone examinar.

Koselleck (1993) se refiere a la memoria como el “espacio de la experiencia en el presente”, señalando con ello que los recuerdos son una forma de espacialidad que “contiene” la experiencia y —desde allí— se proyecta al futuro. Esta afirmación se conecta teóricamente

con la teoría de las sensibilidades, cuerpos y espacio presentada en el apartado anterior, en tanto convoca una lectura de la experiencia pasada por y a partir de las experiencias y vivencialidades actuales.

En diálogo con esta mirada, Jelin sostiene que “abordar la memoria involucra referirse a recuerdos y olvidos, narrativas y actos, silencios y gestos. Hay en juego saberes, pero también hay emociones” (2002: 17). Asumiendo que la memoria se produce en términos intersubjetivos, pues el pasado rememorado se encuentra —indefectiblemente— enlazado con las permanentes reconfiguraciones que supone el tiempo-espacio vivido en y con otros (Halbwachs, 2011), la acción de recordar involucra (produce y reproduce) sensibilidades.

Conectando esta breve referencia a la memoria con la noción de “políticas de las sensibilidades” presentada anteriormente, es evidente que los estados del sentir se sedimentan en las experiencias y en el entramado temporal (pasado-presente-futuro) que enmarca toda acción social. De manera que recurrir a la memoria para abordar experiencias del pasado reciente de los sujetos implicaría considerar que:

- El pasado y el presente se interpenetran como condición de posibilidad, pero también como mediación a partir de la cual tiene lugar la acción social. Siguiendo a Halbwachs (2011), el pasado que puede recordarse es una (re)construcción social sujeta a permanentes reajustes y revisiones que se activan en el presente detrás de un doble desafío: comprender la experiencia pasada para elaborar las expectativas.
- Recordar involucra el acto cognitivo-afectivo de “seleccionar” fragmentos de la vida vivida con otros. Según Ricoeur (1996), dichas selecciones forman parte de un plexo de emociones y afectos cuya presencia “viva” en el presente contribuye a la presentación del sí mismo. Tales selecciones permiten al sujeto asignar un marco de coherencia y continuidad entre sus acciones del pasado y sus vivencias del presente. También le posibilitan proyectar(se) (en) un futuro “deseable” o al menos “tolerable”, recortado al talle de

las marcas corporales/emocionales que ese pasado le ha dejado como ofrenda.

Poniendo en tensión este abordaje de la memoria con la noción de “experiencia del habitar” presentada en el apartado anterior, puede afirmarse que la acumulación (siempre conflictiva y contradictoria) de experiencias urbanas, va plasmando ciertas “memorias del habitar” que se hacen cuerpo/emoción. Éstas pueden definirse como un conjunto dinámico de construcciones intersubjetivas asociadas con procesos de apropiación/expropiación del “espacio vivido” (Lefebvre y Martínez Loera, 2013) que el sujeto reconstruye, resignifica e identifica en el presente como parte de su “propia historia” de habitabilidad.

El pasado recordado es subsidiario de la trayectoria de sociabilidades del sujeto; por ello (en) la memoria (se) actualiza(n) emociones y experiencias que —aun percibidas y organizadas narrativamente como “personales”, “únicas” y “singulares”— tienen un origen colectivo, pues surgen, se sedimentan y resignifican en clave de la experiencia intersubjetiva pasada/presentificada (Halbwachs, 2011).

En esta línea, las *memorias del habitar* se entraman con las sensibilidades que implica conocer el mundo por y a través de los cuerpos. Lo que se recuerda (y cómo se lo recuerda) es la instanciación (producida mediante marcos interpretativos presentes) de vivencias e impresiones pretéritas vueltas particulares maneras de mirar, tocar, saborear, oír y oler que operan como conocimientos sensibles, trazando la urdimbre pasado-presente-futuro sobre la que se monta y proyecta la vida de los sujetos.

En términos heurísticos, este análisis plantea las “memorias del habitar” como un dispositivo teórico para poder captar las trayectorias de las experiencias del habitar, con énfasis en los sentidos corporales. Esto responde al propósito de reconstruir y/o reposicionar la mirada analítica sobre las experiencias urbanas en un periodo de mediana y/o larga duración desde el registro de la información sensible “suministrada” por los cinco sentidos.

En suma, el desafío es examinar las experiencias que los sujetos tienen en la ciudad desde la dimensión sensible que ofrecen la vista, el tacto, el oído, el olfato y el gusto, reparando en el hecho de que el conjunto de experiencias pasadas produce particulares “memorias del habitar” que se presentifican en las prácticas y vivencias sociales que tienen lugar en el aquí y ahora.

A modo de cierre provisional de la discusión planteada, en lo que sigue se apuntan algunas tensiones entre los procesos de apropiación/expropiación que tienen lugar en escenarios urbanos capitalistas, desde la perspectiva de las sensibilidades olfativas. Complementariamente, tales precisiones posibilitan observar la sedimentación de ciertas “memorias del habitar” atravesadas —profundamente— por el dolor, el acostumbamiento y la resignación.

REFLEXIONES FINALES. LOS OLORES DE LA CIUDAD Y SUS “PROMESAS”

Los aportes teóricos reseñados permiten sostener que oler es una práctica (fisis-biológica e histórico-social) atravesada por la materialidad de la posición y condición socio-corporal de quien huele y de quien (o lo que) es olido. Con todo, es un acto subsidiario —al igual que el resto de los sentidos— de trayectorias de clase, raza/etnia y género que orientan la selección y clasificación odorífica del mundo en el marco de las interacciones que los sujetos establecen con las cosas y con los otros.

En este contexto, las sensibilidades olfativas —junto con las “memorias del habitar” que se pliegan y repliegan a partir de ellas— constituyen una opción teórica para captar los modos como los mecanismos y efectos de dominación social permean las prácticas y vivencias de los sujetos. En tal sentido —lejos de ofrecer resultados finales—, este capítulo se propuso delinear una propuesta de abordaje de las experiencias urbanas elaborada desde los estudios de las sensibilidades. Examinando los alcances y potencialidades sociológicas que detentan los olores, el propósito general del trabajo fue mostrar que

es posible encontrar en ellos adecuados analizadores de los procesos de estructuración social.

Parafraseando a Simmel (2014: 631): *lo social es (también) una cuestión nasal*. Cada sociedad elabora y traza la frontera entre olores “legítimos” y “abyectos” que se proyectan sobre los espacios, las mercancías, las relaciones y los cuerpos. Más allá (o más acá) de su estructura molecular, los olores son construcciones socio-históricas hechas cuerpo/emoción que (como tales) señalan las condiciones de percepción, clasificación y aceptación de lo social que se despliegan en un tiempo-espacio dado, convirtiéndose —por ello— en un componente sustancial de las estructuras y relaciones de poder.

Ahora bien, ¿de qué modo los aromas, fragancias, tufos, hedores, vahos —y demás declinaciones— contribuyen a develar los procesos de estructuración social que acompañan el avance del capitalismo en los actuales escenarios urbanos?

Según la Organización de las Naciones Unidas (ONU), 55% de la población mundial vive en ciudades. Se proyecta que en el año 2050 la urbanización sea el rasgo definitorio de la vida de 68% de la población del planeta (unos 2 500 millones de personas), por lo que el *bien-estar urbano* futuro dependerá (cada vez más) de la gestión sustentable del crecimiento urbano, especialmente en los países de ingresos medios y bajos que —según se estima— encabezarán el proceso (Organización de las Naciones Unidas, 2018).

Por su parte, de acuerdo con las últimas estimaciones del Índice de Pobreza Multidimensional Global (Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo, 2018), aproximadamente 1 300 millones de personas sufren múltiples y simultáneas privaciones que exceden el nivel de ingresos: agua, electricidad, alimentos, salud... La mitad son niños y niñas. También se sabe que alrededor de 2 200 millones de personas no tienen acceso a agua potable; 4 200 millones no disponen de servicios de saneamiento; y 3 000 millones carecen de instalaciones elementales para el lavado de manos (United Nations International Children’s Emergency Fund/World Health Organization, 2019).

Si bien las estadísticas citadas muestran que las cifras más críticas se verifican en áreas rurales, la situación de las ciudades en términos de la pobreza multidimensional obliga a repensar sus implicancias considerando —tal vez particularmente, como propone este trabajo— las consecuencias sociales, políticas, económicas y culturales derivadas de los “olores de la pobreza” urbana.

De tal manera, pensar críticamente en las sensibilidades que tienen sujetos que habitan en medio de los efluvios pestilentes que implica vivir-entre-la-basura, o aquellos estados del sentir que surgen y se expanden como consecuencia de la imposibilidad de tener un escusado o agua potable segura, son sólo tres ejemplos (entre muchos) que señalan los límites, contornos y contenidos que la apropiación de la ciudad y de sus espacios tiene para los grupos que reproducen su cotidianidad en el marco de severas y diversas privaciones.

Inter faeces et urina nascirnur, señaló San Agustín de Hipona. Sin embargo, ¿cuáles son las sensibilidades que median entre las prácticas y experiencias de millones de personas que nacen, viven y mueren entre heces y orina sin posibilidad de poder “saltar” ese muro de excrecencias en torno al cual viven y conviven? ¿Qué sienten aquellos y aquellas que no gozan del “privilegio” de abrir una canilla para lavarse las manos con agua limpia o apretar un botón para que sus desechos fisiológicos desaparezcan entre los desagües? ¿Qué sensaciones promueven estos “cuerpos malolientes” entre aquellos otros limpios, pulcros y “bien olientes” de la ciudad?

Si —tal como se ha presentado anteriormente bajo la asistencia teórica de Lefebvre— la *apropiación* de la ciudad es un proceso político, social y de clase que involucra la transformación creativa del espacio vivido en un lugar, la *expropiación* señalaría la imposibilidad de lograr tal empresa. Más radicalmente aún, indicaría los procesos sociales y subjetivos que convergen para que un sujeto “normalice” como parte de su propia vida el cúmulo de negaciones, privaciones y faltas que caracterizan —por definición— la ciudad capitalista.

Así, mientras que la apropiación supone *hacer propio* el espacio (esto es, convertirlo en una “obra” mediante la cual el sujeto abrevia y se

nutre de sentidos, historias y proyecciones individuales y colectivas), la expropiación posee un doble sentido que se aparta de lo anterior. Por un lado, hace que el sujeto no se perciba como autor o protagonista de algo: un barrio, una esquina, un sonido, un olor, una norma, un monumento, un símbolo urbano... Por lo tanto, que no pueda evaluar *aquello* como el resultado de una costosa y comprometida inversión corporal y emocional efectuada por sí mismo para con-vertir el entorno habitado en algo *propio*. En tal dirección, la expropiación es sinónimo de expulsión, distanciamiento o separación (corpórea-emocional) del sujeto respecto de la cosa o relación.

Por otro lado, la expropiación también es resultado de la incorporación histórico-social del conjunto de privaciones que la ciudad presenta como “ofrenda” a los sujetos que ocupan los segundos, terceros y hasta cuartos peldaños de lo social. En este sentido, dicho proceso no sólo muestra la imposibilidad de que el sujeto “haga suya” o “sienta como propia” la ciudad, sino que —en simultáneo— aloja complejas y variadas consecuencias sociales derivadas del hecho de que quien vive la expropiación (sólo) puede sentir como *propio* el acumulado de negaciones: falta de agua, falta de educación, falta de trabajo, falta de cloacas, ... que le ofrece la ciudad como parte de sus políticas de exclusión.

En ese marco, el dolor, el acostumbramiento y la resignación modulan buena parte de las experiencias de quienes habitan los bordes urbanos; aspecto que puede ser dilucidado mediante el estudio de los olores que se construyen y distribuyen socialmente. Porque, ¿a qué huele la pobreza? ¿Cuál es el olor de la impotencia? ¿Existe, acaso, una particular combinación molecular que acredita —odoríficamente— un estado crónico de dolor, acostumbramiento y resignación?

Si, como sostiene Rousseau (1985), los olores no afectan tanto por lo que hacen sino por lo que prometen, sociológicamente, ¿cuáles serían las *promesas odoríficas* que “exudan” las ciudades del siglo XXI? A modo de cierre-apertura, puede afirmarse que:

- El olor delimita, impone clasificaciones morales y contribuye a erigir “muros” mentales y de concreto que circunscriben las *atmósferas olfativas* para las interacciones sociales (esperables, deseables, tolerables, insoportables) que tienen lugar en las ciudades.
- Las relaciones sociales huelen, como también huelen los cuerpos que se posicionan a un lado u otro de la “vara” que distingue la posición del colono y el colonizado en las ciudades (Fanon, 2015). La condición odorífica de los cuerpos y de los espacios que éstos habitan puede ser comprendida —entonces— como *síntoma y mensaje* del andamiaje de dominación sobre el que se fundan las políticas de las sensibilidades que (se) configuran (en) la ciudad, entendiendo esta última como un *paisaje sensible total*.
- El *con-tacto con lo inmundo y la multiplicación de hedores pútridos* que se pegan (e impregnan) en la piel, en las sensibilidades y en las memorias de las mayorías que habitan en entornos sumidos en la extrema pobreza, señalarían las condiciones de habitabilidad que rigen en la periferia “maloliente” de las ciudades capitalistas. Como tales, dichas condiciones no sólo anuncian *la lógica de la excreta* como modo de regulación de vidas precarias, sino que —en simultáneo— colaboran con la reproductibilidad física y sensible de *la ciudad para pocos* que exige el éxito del capital.

BIBLIOGRAFÍA

- Ackerman, Diane (2000). *Una historia natural de los sentidos*. Barcelona: Anagrama.
- Banerjee, Subhabrata Bobby, y Laurel Jackson (2017). “Microfinance and the Business of Poverty Reduction: Critical Perspectives from Rural Bangladesh”. *Human Relations* 70, núm. 1: 63-91. The Tavistock Institute.
- Breeze, Beth, y Pamela Wiepking (2018). “Different Drivers: Exploring Employee Involvement in Corporate Philanthropy”. *Journal of Business Ethics* 165: 453-467.

- Cervio, Ana Lucía (2015). "Experiencias en la ciudad y políticas de los sentidos. Lecturas sobre la vista, el oído y el olfato". En *Sentidos y sensibilidades: exploraciones sociológicas sobre cuerpos/emociones*, compilado por Rafael Sánchez Aguirre, 17-48. Buenos Aires: Estudios Sociológicos Editora.
- Cervio, Ana Lucía (2018). "Trayectorias de habitabilidad en contextos de segregación socio-espacial: una mirada teórico-metodológica desde las sensibilidades". Ponencia presentada en las X Jornadas de Sociología de la Universidad Nacional de La Plata, Ensenada, Argentina, 5, 6 y 7 de diciembre.
- Cervio, Ana Lucía (2019a). "Desconfianza e interacciones urbanas. Un abordaje desde las sensibilidades sociales". En *Confianza y políticas de las sensibilidades*, compilado por Ana Lucía Cervio y Brenda Araceli Bustos García, 71-105. Buenos Aires: Estudios Sociológicos Editora.
- Cervio, Ana Lucía (2019b). "Política alimentaria, pobreza y emociones en la Argentina de los años 80". *Entramado* 15, núm. 1 (enero-junio): 62-77.
- Cervio, Ana Lucía (2019c). "¿Qué te pasa Buenos Aires? La inseguridad como una 'práctica del sentir' porteño". *Revista Brasileira de Sociologia da Emoção* 18, núm. 52: 75-90. Universidad Federal de Paraíba-Grupo de Estudo e Pesquisa em Sociologia da Emoção.
- Cervio, Ana Lucía, y Angélica de Sena (2017). "Desconfianza y programas sociales en contextos urbanos. Algunas 'escenas' en la Ciudad Autónoma de Buenos Aires". En *Vida y vivencia en las ciudades hoy*, coordinado por Margarita Camarena Luhrs, 95-132. México: Universidad Nacional Autónoma de México-Instituto de Investigaciones Sociales.
- Corbin, Alain (2002). *El perfume o el miasma. El olfato y lo imaginario social. Siglo XVIII y XIX*. Sección Obras de Historia. México: Fondo de Cultura Económica.
- Corominas, Joan, y José Antonio Pascual (1984). *Diccionario crítico etimológico castellano e hispánico*. Vol. III. Biblioteca Románica Hispánica. Diccionarios. Madrid: Gredos.
- Dettano, Andrea (2019). "Leyendo el consumo desde las emociones sociales. Algunos recorridos y perspectivas posibles". *Antropología Experimental*, núm. 19: 1-10. Universidad de Jaén.
- Fanon, Frantz (2015). *Piel negra, máscaras blancas*. Buenos Aires: Akal.
- Freud, Sigmund (1989). *El malestar en la cultura*. Buenos Aires: Amorrortu.
- Gardner, Katy (2018). "'Our own poor': Transnational charity, development gifts, and the politics of suffering in Sylhet and the UK". *Modern Asian Studies* 52, Número Especial: *Charity and Philanthropy in South Asia*: 163-185.
- Grisales Castro, Claudia Patricia (2019). "El marketing olfativo como posicionamiento de marcas". *Revista de la Facultad de Ciencias Económicas y Administrativas* 20, núm. 2: 69-92.

- Guillet, Basak; Metin Kozak; y Deniz Kucukusta (2019). "It's in the air: Aroma marketing and affective response in the hotel world". *International Journal of Hospitality & Tourism Administration* 20, núm. 4: 1-14.
- Halbwachs, Maurice (2011). *La memoria colectiva*. Madrid: Miño y Dávila.
- Harvey, David (2006). *Spaces of Global Capitalism: A Theory of Uneven Geographical Development*. Londres y Nueva York: Verso.
- Heidegger, Martin (2015). *Construir, habitar, pensar*. Madrid: Editorial La Oficina.
- Helliwell, John F.; Richard Layard; y Jeffrey D. Sachs (2018). "World Happiness Report 2018". Working Papers. Disponible en línea: http://www.esocialsciences.org/Download/repecDownload.aspx?fname=A201854103855_57.pdf&category=Articles&AId=12761&fref=repec [Consulta: 15 de agosto, 2019]. Center for Sustainable Development/Sustainable Development Solutions Network/Center for Economic Performance/Canadian Institute for Advanced Research/Fondazione Ernesto Illy.
- Howes, David (2014). "El creciente campo de los estudios sensoriales". *Revista Latinoamericana de Estudios sobre Cuerpos, Emociones y Sociedad* 6, núm. 15 (agosto-noviembre): 10-26.
- Jelin, Elizabeth (2002). *Los trabajos de la memoria*. Colección Memorias de la Represión. Buenos Aires: Siglo XXI Editores.
- Koselleck, Reinhart (1993). *Futuro pasado: para una semántica de los tiempos históricos*. Colección Paidós Básica, 61. Barcelona: Ediciones Paidós.
- Kukso, Federico (2019). *Odorama. Historia cultural del olor*. Buenos Aires: Taurus.
- Le Breton, David (2017). *Sensing the World: An Anthropology of the Senses*. Londres: Bloomsbury Academic.
- Lefebvre, Henri (1978a). *El derecho a la ciudad*. Barcelona: Ediciones Península.
- Lefebvre, Henri (1978b). *De lo rural a lo urbano*. Barcelona: Ediciones Península.
- Lefebvre, Henri, e Ion Martínez Loera (2013). *La producción del espacio*. Colección Entrelíneas. Madrid: Capitán Swing Libros.
- Marcuse, Herbert (1972). *Eros y civilización*. Barcelona: Seix Barral.
- Marx, Carlos (2010). *Manuscritos de 1844: economía política y filosofía*. Buenos Aires: Colihue.
- Mauss, Marcel (1979). *Sociología y antropología*. Madrid: Tecnos.
- Organización de las Naciones Unidas (2018). "Las ciudades seguirán creciendo, sobre todo en los países en desarrollo". Disponible en línea: <https://news.un.org/es/story/2018/05/1433842>. [Consulta: 16 de mayo, 2018].
- Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo (2018). "La mitad de los pobres del mundo son niños y niñas". Disponible en línea: <https://>

- www.undp.org/content/undp/es/home/news-centre/news/2018/half-of-world_s-poor-are-children.html. [Consulta: 20 de septiembre, 2018].
- Real Academia Española (2019). *Diccionario de la Lengua Española*. Disponible en línea: <https://dle.rae.es/>. [Consulta: 15 de octubre, 2019].
- Ricoeur, Paul (1996). *Sí mismo como otro*. México: Siglo XXI Editores.
- Rousseau, Jean-Jacques (1985). *Emilio o la educación*. Madrid: Edaf.
- Sabido Ramos, Olga (2016). "Cuerpo y sentidos: el análisis sociológico de la percepción". *Debate feminista* 51 (mayo): 63-80.
- Santos, Milton (1978). *Por uma geografia nova*. São Paulo: HUCITEC Editora.
- Scribano, Adrián (2015). "Comienzo del siglo XXI y ciencias sociales: un rompecabezas posible". *Polis. Revista Latinoamericana* 41. Ciencias sociales: desafíos y perspectivas. Disponible en línea: <http://journals.openedition.org/polis/11005>. [Consulta: 03 de septiembre, 2019].
- Scribano, Adrián (2017a). "Amor y acción colectiva: una mirada desde las prácticas intersticiales en la Argentina". *Aposta, Revista de Ciencias Sociales* 74: 241-280.
- Scribano, Adrián (2017b). *Normalization, Enjoyment and Bodies/Emotions: Argentine Sensibilities*. Nueva York: Nova Science Publishers.
- Scribano, Adrián, y Ana Lucía Cervio (2018). "Distrust and Proximity. The Paradoxes of Violence in Argentina". En *Politics and Emotions*, compilado por Adrián Scribano, 193-219. Houston: Studium Press LLC.
- Sendra, Esther, y Ángel A. Carbonell-Barrachina, comps. (2017). *Sensory and Aroma Marketing*. Holanda: Wageningen Academic Publishers.
- Serres, Michel (2016). *The Five Senses: A Philosophy of Mingled Bodies*. Londres: Bloomsbury Academic.
- Simmel, Georg (2014). *Sociología: estudios sobre las formas de socialización*. México: Siglo XXI Editores.
- Synnott, Anthony (2003). "Sociología del olor". *Revista Mexicana de Sociología* 65, núm. 2 (abril-junio): 431-464.
- Torrente, Diego; Jordi Caïs; y Catalina Bolancé (2019). "Economic Crisis and Social Trust: Reviewing the Effects of Economic Polarisation on Social and Institutional Confidence". *Social Science Information* 58, núm. 4: 631-659. Disponible en línea: <https://doi.org/10.1177/0539018419891321>.
- United Nations International Children's Emergency Fund/World Health Organization (2019). "Progress on household drinking water, sanitation and hygiene, 2000-2017. Special focus on inequalities". Disponible en línea: <https://data.unicef.org/resources/progress-drinking-water-sanitation-hygiene-2019/>. [Consulta: 10 de noviembre, 2019].